

Un poco más allá del Sentido Común

Mijail Málishev*

Nació en una familia pobre e hizo una carrera vertiginosa: de las peleas callejeras pasó a los asaltos bancarios, luego se convirtió en jefe de mafia y por su donación a la Iglesia fue elevado al rango de generoso patrón.

Cada ser humano se considera especial y tiene cierta razón, porque su autoconciencia le persuade que es un ser único, aunque su singularidad no le impida engrosar las filas de los mediocres, demasiado mediocres.

Según Séneca, “quien aprendió a morir, deja de ser esclavo”, pero no para ser libre, sino para ser un “liberto”, que escoge al amo por su propia voluntad.

La mayoría de las emociones exageran o disminuyen el verdadero significado de los hechos, y sólo la ironía los coloca en su justa dimensión.

La vida en común favorece a los más inteligentes y más aptos y, sin embargo, a pesar de todo su pragmatismo, nunca ha sido capaz de erradicar una estirpe de supersticiosos: desde el chamán siberiano que evoca a los fantasmas sobrenaturales en un éxtasis frenético, hasta el neurólogo moderno que se afana en buscar en el cerebro la localización de lo divino.

Si me comparo con el todo, soy nada, pero si me comparo con la nada, soy algo, y eso es suficiente para satisfacer el orgullo de mi pequeño ego pretencioso.

Dios tiene una fantasía indomable que no posee ningún artista humano, por genial que sea: crea un infinito de

posibilidades de lo imposible: milagros. Si Dios hubiera creado el mejor mundo de todos los posibles, como lo pensó Leibniz, creeríamos que su gusto estético fue muy limitado.

Ante los colegas nos jactamos, ante los amigos nos quejamos, y en el seno de la familia unimos las dos cosas: descargamos nuestras insatisfacciones y obtenemos consuelo por méritos ficticios.

El pluscuamperfecto es la acusación al pasado por haber engendrado un presente tan lamentable.

La tecnología transforma el ser en artificio, el arte puebla la mentalidad con sus fantasías, la filosofía convierte la realidad en ideas, la política trata de realizar sus proyectos de un futuro mejor creando el mundo fantasmagórico, y todo esto la burocracia lo convierte en pesadilla.

En la vejez se ablanda la memoria, pero se agudiza la nostalgia.

A diferencia de la medicina, en la política proponer un diagnóstico correcto no siempre significa disponer de un tratamiento idóneo.

El profeta Moisés nos otorgó muchos mandamientos, recibidos de Dios, pero no nos dijo nada sobre cómo tratar a los nacos.

Amor fati es un oficio del fatalista que adora lo irremediable y desprecia el pluscuamperfecto.

Entre las diferentes formas de lo absurdo, la más risible es cumplir con ahín-

co y eficacia un trabajo inútil y, además, sentir orgullo por el deber bien cumplido.

Indudablemente, la mayoría de los hombres y mujeres son sinceros, ya que no mienten sin necesidad, en tanto que los que no son capaces de mentir provocan molestias: arrojan la verdad cuando nadie se la pide.

En cada promesa se esconde la posibilidad de arrepentimiento.

El capricho es una libertad en cuyo fondo yace el deseo de milagro: quisiera transformar la aburrida realidad y hacer que dos por dos sean cinco.

Para justificar sus fechorías, algunos glorifican el fatalismo siniestro en el pluscuamperfecto, diciendo: “si yo no lo hubiera hecho, alguien lo habría hecho peor que yo”.

Para ser libre, hay que aprender a maniobrar entre la Escala de la responsabilidad excesiva para que no te aplaste, y el Caribdis de la libertad sin límite que amenaza convertirse en un libertinaje.

Amar significa ver al hombre tal como lo proyectó Dios. Parafraseando este dicho de Dostoievski, se puede decir: “desamar significa juzgar al hombre por su resultado: la expulsión del paraíso por desviarse del proyecto divino”.

Si no vas a ordenarme qué tengo que hacer, tampoco te diré a dónde tendrías que irte.

Si una frase que escribiste la pusieron como epígrafe, la elevaron al estatus de aforismo.

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

Antón Chejov nos aconsejaba hacer un experimento: exprimir gota a gota al esclavo que llevamos dentro. Pero este consejo, en algunos casos, puede ser mortal para el propio experimentador: pues ser esclavo es la esencia de su existir.

En todo obsesionado por el poder se esconde un paranoico.

A veces el médico le regresa la vida al enfermo, pero ¿a qué tipo de vida?

El supremo sueño del creyente es alcanzar una vida eterna, pero él mismo cuando está desesperado se siente infeliz porque percibe el presente como si fuera el tiempo eterno.

Confía en ti mismo, pero cuídate para que esa confianza no se convierta en fe de tu propia infalibilidad.

Síntomas de la enfermedad: disminución de los méritos del otro para recuperar la propia mediocridad. Diagnóstico: envidia. Causa del malestar: complejo de inferioridad.

El pluscuamperfecto es una escuela donde, entre otras cosas, se entrena la imaginación del amor propio herido de un fracasado.

Eva le ofreció la manzana a Adán de “todo corazón”, y después que fue expulsada del Edén, empezó a recolectar frutas y legumbres para alimentar a su prole.

La incapacidad de prever las peripecias del futuro se compensa por la inclinación de olvidar las fechorías del pasado.

Sumergiéndonos en los proyectos del futuro o enfrascándonos en los acontecimientos del pasado, sentimos que el presente se encoge y, no obstante, en cualquier instante nos arrancará de los dulces sueños o de los recuerdos nostálgicos e impondrá, contra nuestra voluntad, el aquí y el

ahora de nuestra existencia insípida, demasiado insípida.

Cuanto más fuerte es la sospecha tanto más insuperable es el prurito de trasmitirla al otro, y de ese deseo nacen los chismes.

Los santos deben tener una paciencia angelical, y para elaborarla necesitan una diabólica fuerza de la voluntad.

Para el autor intelectual de un crimen, la víctima es una persona abstracta, y para el sicario es un hombre concreto que tiene que convertir en cadáver, es decir: en una “abstracción” del ser.

En la lucha por la justicia se cometen muchas fechorías, y es por eso que la meta, por noble que sea, se degrada en el camino de su realización.

Si un polemista logra superar a su adversario por la fuerza de sus argumentos, éste, para disfrazar su derrota, declara: “en esencia, hemos dicho lo mismo, sólo que desde diferentes ángulos”.

La utopía de un futuro mejor, cuyos contornos se pierden en la lejanía del tiempo, fue sustituida por la obsesión de una vida plena aquí y ahora... con el uso del crédito.

Desde que se inventaron los anticonceptivos, la cantidad de los no nacidos superó en mucho todas las víctimas pericidas en las guerras del último siglo.

A diferencia del científico, el filósofo plantea una pregunta, a la cual trata de darle respuesta, pero su sucesor se las ingenia para mostrar que la pregunta estuvo mal planteada o la respuesta fue incorrecta.

Una muchacha guapa, alegre y talentosa me miraba con condescendencia desde la altura de su juventud esplén-

dida, y yo, viejito, desde la altura de mis setenta, trataba de mirarla con simpatía para ocultar que su semblanza no me produjo ninguna impresión.

La coexistencia humana presupone un orden que es imposible establecer sin recurrir a la amenaza de aplicar la fuerza, lo cual prueba que la conciencia moral no puede convertir al hombre en un santo. Así que la idea de un futuro feliz es una utopía.

El tiempo constantemente viene y se va, viene y se va, y “yo, dice la ancianita de edad indeterminada, siempre soy idéntica a mí misma”.

El presente está desgarrado entre el futuro y el pasado; a veces el futuro teje el hilo del presente y otras veces el pasado pone su impronta en lo que está sucediendo aquí y ahora.

Si la causalidad, al igual que la inferencia lógica, fuera equivalente a una necesidad férrea, cada ser humano sería capaz de predecir su futuro e, incluso, convertirse en dueño de su propio destino.

Casi en cada ser irónico duerme un romántico fracasado, y en cada cínico ronca un dogmático decepcionado.



Ilustraciones: Alejandra Santana Castro
Correo electrónico: ale01_sc@hotmail.com